



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES CÓMICAS
CONCEPCION BAEZA



Est. de Brub. Desempañ. 14 y Carbon. 7 Madrid.

Un público de vasallos
de aplaudirla no se sacia;
en su boca, ¡hasta los gallos
resultan con mucha gracia!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La tarde de toros, por Eduardo Bastillo.—La fidelísima Clara, por José Estremera.—Lilas, por Eduardo de Palacio.—Candor infantil, por Sinesio Delgado.—En serio, por Justino Velasco.—La suegra, por José Zahonero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Concepción Baeza.—La primera corrida.—Lo del día, por Cilla.



Odiemos el delito, compadecemos al delincuente y pasemos á otra cosa.

El alegre repique de las campanas nos anuncia la resurrección del Señor. Parece que aquellas lenguas de metal quieren hablar á la humanidad católica en estos términos:

—Anda, ya puedes comer cocido sin faltar á nadie; arroja por el balcón el potaje depresivo y mal sano... Goza otra vez; dedícate á los placeres, que por algo te ha dado la naturaleza un corazón impresionable y un físico regular.

Volveremos, pues, á la vida pecaminosa, y desde mañana frecuentaremos de nuevo los cafés, los teatros, las oficinas públicas y demás centros de corrupción, sin que nos hayan servido de freno los oficios divinos ni la palabra elocuente de los sacerdotes.

Hay quien odia la comida de vigilia, sin tener en cuenta que nos abre las puertas del Paraíso... El bacalao, que parece poco influyente en ciertos asuntos de tejas arriba, tiene, sin embargo, grandísima importancia y contribuye muy mucho á nuestra salvación eterna.

¡Cuántos por no querer aceptar el bacalao frito, están hoy ardiendo allá abajo!

Los espíritus religiosos no transigen en este punto, y hay usurero de profesión que no quiere prestar dinero durante la cuaresma, por no comer carne de cliente.

Una madre de familia increpaba en estos términos al mayor de sus hijos:

—¡Bribón! ¡Judío! ¡Sabes que hoy es día de ayuno y estás comiéndote las uñas!

—Es una costumbre que tengo.

—Pues reprímete como yo, que no me he dado en los labios la untura de manteca de cacao, por no exponerme á tragar alguna.

La lluvia ha sido causa de que las bellas no pudiesen lucir sus mantillas de casco, y de que los galanes bien parecidos permaneciesen en los cafés sin gusto para vestirse ni para rizarse el pelo.

Los que tienen impermeable (como Sinesio), recorrieron las calles después de cubrirse la cabeza con la capucha, cosa muy puesta en razón, y que excita el entusiasmo de las chicas.

Nada más distinguido que una capucha, y hoy para que un joven sea bien mirado en sociedad, tiene necesariamente que acabar en punta, y parecerse todo lo posible á un sereno.

—Mira, Nazario, tengo un capricho—dice la novia al novio.

—Habla, vida mía.

—Quiero que te compres un impermeable.

El novio consulta el estado de sus recursos, vacila, sufre, sonríe, y por fin exclama:

—Pues bien; sí, ídolo mío; por tí soy capaz de todo.

Acto seguido, vende la flauta y el paraguas, empeña la levita, pide dos duros prestados á un señor de su pueblo, y corre á adquirir la prenda elegante.

Pero aquel día amanece espléndido y diáfano, y el joven tiene que renunciar á la dicha de presentarse ante su amada oliendo á carbón de cok.

—¡Qué felicidad tan grande si lloviera un poquito!—murmura asomado á la ventana.

Casi nunca se realizan los deseos de los enamorados, y pasan quince días sin que el impermeable salga del oscuro rincón de la casa de huéspedes.

Una mañana cualquiera, el joven pregunta, como de costumbre, á la criada:

—¿Llueve?

—Caye V. por Dios... si es el *delubio*.

—¡El diluvio! ¡Qué felicidad!—exclama el joven saltando de la cama sin cuidarse de la honestidad ni de la coquetería.

Y se viste precipitadamente para ponerse el impermeable y salir por ahí metiéndose en los charcos. Cuanto más se le moje la prenda, mejor; lo principal es ir chorreando y pasar por delante de casa de la novia hecho una sopa en vino.

Ella entonces le dirige miradas de ternura y le envía un saludo con la manita, como diciéndole:

—Adiós, Nazario mío, pareces un perro mojado.

Y él, con la cara chorreando, y los pies convertidos en dos canoas que hacen agua, desaparece tras la esquina de la calle, no sin decirle con los ojos:

—¿Ves cómo te amo? ¿Ves qué mal huelo?

Las señoras también han adoptado el uso del impermeable con capucha.

No hace muchas noches tropezábamos en la calle del Príncipe con una distinguida joven á quien confundimos con un guardia del Ayuntamiento.

—¿No me conoce V.?—nos dijo sorprendida.

—No, señora: creí que era V. un civico.

—Pues, he salido á dar una vuelta, porque como está cayendo una lluvia tan hermosa... y una tiene impermeable, si no aprovecha estos días así, de nada le serviría el gasto hecho.

Además de los impermeables para cuando llueve, tienen las señoras unos sombreros para ir al teatro, que me río yo de los morriones que usaron nuestros respetables ascendientes.

Hay quien se pone un barreño adornado de flores y se sienta en la butaca, como diciendo:

—Ea; el que se ponga detrás que se despida del mundo y del arte escénico. Aquí no hay más público que yo.

Y se le pasan á uno deseos de decir:

—Señora: ¿me hace V. el favor de separar ese pájaro que lleva V. encima de esa cesta, á ver si consigo enterarme de lo que hacen en el escenario?

Entre los objetos que constituían el sombrero de una señora, dueña de la butaca inmediata á la nuestra, hemos encontrado los siguientes:

Un lazo lo mismo que una cartuchera.

Dos rosas del tamaño de los melocotones de Aragón.

Una hebilla, figurando una rana, que más parecía un pañuelo francés.

Vara y media de tul, que tenía las proporciones de una nube.

Y unos golpes de pasamanería, que despedían chispas y cegaban á todos los espectadores de las filas de atrás.

Cuando salimos del teatro nos preguntó un amigo:

—¿Qué tal la función?

Y tuvimos que contestarle:

—No te lo puedo decir: Delante de mí estaba una señora que se había puesto en la cabeza la catedral de Toledo y el viaducto de la calle de Segovia. Por las rendijas he conseguido verle los zapatos á la tiple.

LUIS TABOADA.

LA TARDE DE TOROS

Siga Madrid trampeando con toros y pan, y andando; y en sus más grandes apuros, á este pueblo, toros duros aunque el pan no esté muy blando.

Sin que el calor le acobarde, llenar la plaza procura, y más si oye que en la tarde de su raza harán alarde reses bravas de Miura.



La ancha Puerta de Alcalá
merquino cauce será
para el desbordado río
del atronador gentío
que por ella subirá.

En abiertas carretelas
va la fiar de las cuadrillas,
luciendo en vistosas telas
las doradas esterillas
y brillantes lentejuelas.

Porrado en ante y acero
marcha el lidiador de *caño*,
que, en ruin potro saballero,
tapa con su ancho sombrero
al chico que va á la grupa.

Dama de salero en boca
que á lidias de amor provoca,
luce en su victoria luego
de encaje con blanca toca
flores de color de fuego.

Y en son de fiesta y jarana,
simón, tranvía, tartana
y ómnibus, todo en tropel
lo invade aquella oía humana
que sube hacia el redondel.

Ya la plaza se llenó,
y entre sofoco y donaire,
el aire en broma compró
gente que allí respiró
porque allí se vende el aire.

Militar banda resuena
y en su afición impaciente,
el público el circo atruena,
y al fin manda el Presidente
que se despeje la arena.

Y limpio ya el redondel,
de alegre marcha al compás,
airosos entran en él
Salvador y Rafael
y las cuadrillas detrás.

Al portero del toril
da la llave el alguacil;
se oye el timbal y un berrando
sale, que engordó paciende
en la orilla del Genil.

A los peones desbanda,
el duro hierro demanda,
y en algo el temor se funda
de aquel picador de tanda
que al fin lo será *de tunda*.

Alta la vista y serena,
el toro le desafia
en los tercios de la arena,
y él, que en su brazo no fita,
el jaco en tabla refrena.

Y grita el pueblo indignado
y le insulta y le escarneo,
y el toro, ya impaciente,
le arranca fiero y parece
monte sobre él despeñado.

Con la feroz embestida
en peso el potro levanta
que se desploma sin vida
y al jinete en la caída
todo el cuerpo le quebranta.

Recarga el toro y se ceba
y amaga un nuevo derrote,
cuando en un *quite* de prueba,
Lagarajo se lo lleva
con la punta del capote.

Del aplauso popular
se oyen las alegres notas,
que hacen al fin olvidar
al que hubo que retirar
con cuatro costillas rotas.

Seis potros muerden la tierra,
hecha la piel una criba,
y el toro, que aún pide guerra,
ya con los muchachos cierra
que á los palos dan saliva.

Un capote le prepara,
cítale un chico *de frente*,
firme en su arranque lo para,
y el par le deja pendiente
quebrando en la misma cara.

Brama burlada la fiera,
cuando Rafael Molina
tira, al brindar, la montera,
por la gente forastera
y la de Madrid vecina.

El bicho se ha entablado,
y entre el dolor y el insulto
que herido sufre y burlado,
ya, receloso, ha buscado
tras de la muleta el bulto.

Sereno el diestro y cenido,
mientras se defiende y tapa,
con el *pare* repetido
lleva al toro consentido
al *engaño* en que lo empapa.

Y un momento aprovechando,
cuadra en el mismo testuz
y sale, á un tiempo *avanzando*,
por *los rubios* envañando
el estoque hasta la cruz.

Da fin la lidia, y jadea
el diestro y aliento toma
junto al bruto que flaquea,
vacila y se tambalea
y sin vida se desploma.

El entusiasmo ha estallado,
y el lidiador, aclamado
flor y mata de toreros,
ve el redondel alfombrado
de cigarros y sombreros.

Y así la tarde se pasa,
y aunque con tasa en su casa
le den no muy blando el pan,
¡pueblo feliz, si le dan
toros duros y sin tasa!

EDUARDO BUSTILLO.

LA FIDELÍSIMA CLARA

«Cierto que el amor de Clara
me sale todos los meses
por un ojo de la cara;
mas por ella ¿quién repara
en gastos ni en intereses?»

No hay uno que no se rinda
ante muchacha tan linda,
ante aquellos ojos bellos,
aquellos rubios cabellos
y aquella boca de guinda.

Me cuentan mis envidiosos
de ella lances bochornosos;
pero no hago ningún caso.
¿Cómo han de dar un mal paso
aquellos pies tan preciosos!

Y yo estoy muy convencido
de que es fiel, aunque algo rara.
Alguna vez he tenido
mis sospechas; pero Clara
me las ha desvanecido.

Una vez usó un sombrero
de copa en su cuarto; pero
Clarita me ha demostrado
que es mío y que en el perchero
lo dejé un día olvidado.

Bajo su lecho escondido
hallé un prójimo insolente;
pero ya estoy convencido

de que era un ladrón vestido
como persona decente.

Quise mandarle prender;
pero ella me dió á entender
que andando en declaraciones
era preciso poner
nuestra fama en opiniones.

Cierto una causa entablada
siempre pone en mil apuros.
Dejéle ir, y de pasada
le regalé veinte duros
porque no dijera nada.

¡No hay otra mujer más lista!
Quedéme ayer sorprendido
al saber que ella ha pedido
tres copias á la modista
de la cuenta de un vestido.

—¿Quieres que lo paguen tres—
se dirá.—¿Suposiciones!
Lo que quiere tener es
papel donde ella después
hace sus apuntaciones.

Una vez entré á hortadillas
en su casa y de puntí las
ful á su cuarto y vi que estaba
con uno que la abrazaba
y besaba sus mejillas.

Viéndola tan sin pudor,

lleno de rabia y faros
entré revólver en mano
á matar al seductor. . .
¡Plancha atroz! ¡Era su hermano!!
Comprendí mi simpatía
y le di mano de amigo;
y ella en envidiable unión,

hoy parte su corazón
con el hermano y conmigo. . .
Así me habló sonriente
Homobono, con tan rara
convicción, que, francamente,
veré si me admite Clara
de ladrón ó de pariente.

JOSÉ ESTREMEÑA.

LILAS

Estamos en su época.
Lilas en paseo, lilas en los teatros, lilas en los círculos políti-
cos y en los círculos literarios y en todos los círculos.

Es la flor de la estación.
En el Parque de Madrid empiezan los ojeos y las cacerías de
lilas y de jóvenes *illenses*.

Más claro.
Las muchachas de los gremios de modistas ó de ribeteadoras
nacionales, corseteras y demás, visitan el Retiro en las mañanas
dominicales del libre pensamiento, cuando no rematan.

Es decir: cuando no trabajan «medio día.»
Las mujeres son, generalmente, aficionadas á flores, animales...
y plantas.

Ver lilas en libertad y no cogerlas, es virtud superior á las
fuerzas de cualquiera muchacha sensible y aun poética.

Los guardas redoblan su vigilancia en estos días.
¿O son guardas ó no lo son?
¿Para qué los tiene colocados y los paga el Ayuntamiento?

Para que guarden.
He presenciado escenas conmovedoras entre guardas y sal-
teadoras.

—¡Señora! —grita á lo mejor una voz municipal que sale de
una cabeza galoneada; esto es, de una cabeza de uniforme.—
Tenga V. la bondad de no arrancarme más.

—¿Yo? —pregunta la delinciente, «añadido sorpresa é ino-
cencia» (como diría un aparte de alguna comedia.)

—Usted, sí—ratifica el guarda.
—Yo no le arranqué á usted...
—Nosotras no arrancamos—añade otra joven.
—Ellas no arrancan—asevera otra compañera de las ante-
riores.

—No me lo nieguen VV.—ruge el guarda,—porque si no fue-
ra por no *traslimitarme*, yo encontraría las lilas.

—Se equivoca V.
—Pero si lo he visto.
—Vaya, no tengo gana de conversación.
—Pues por eso nada más voy á sacarla á V. las lilas del *poli-
conte*, aunque me *traslimite*.

—Se guardará V. muy bien.
—¡Ya lo creó!
—Pues no faltaba más.
—Suéltale á Venancio.

Venancio es un perro inglés que muerde aun á su sombra.
La pelea suele ocasionar algún desmayo y una multa prefija-
da por el guarda, con arreglo á las leyes de partidas de guardas.
Otras veces es una señora sola, y no de pupilos, á la cual
acompaña un caballero.

Pasan por alguna senda donde abundan las lilas.
—Guarda —llama el caballero.
—¿Qué se ofrece? —pregunta el llamado en ademán y gesto
no muy escogido.

—Mire V., esta señora está embarazada.
—¿Y yo qué culpa tengo? ¿Qué quiere V. que yo le haga?
—Hombre, oiga V.—replica el señor—y domestíquese.
—¿Vamos, qué?

—Que al pasar por aquí ha visto unas lilas y...
—Ya le veía yo á V. de venir desde que me llamó.
—Es V. listo.
—No ve V. que llevo aquí algunos años... y está uno acos-
tumbrado á las molestias del público.

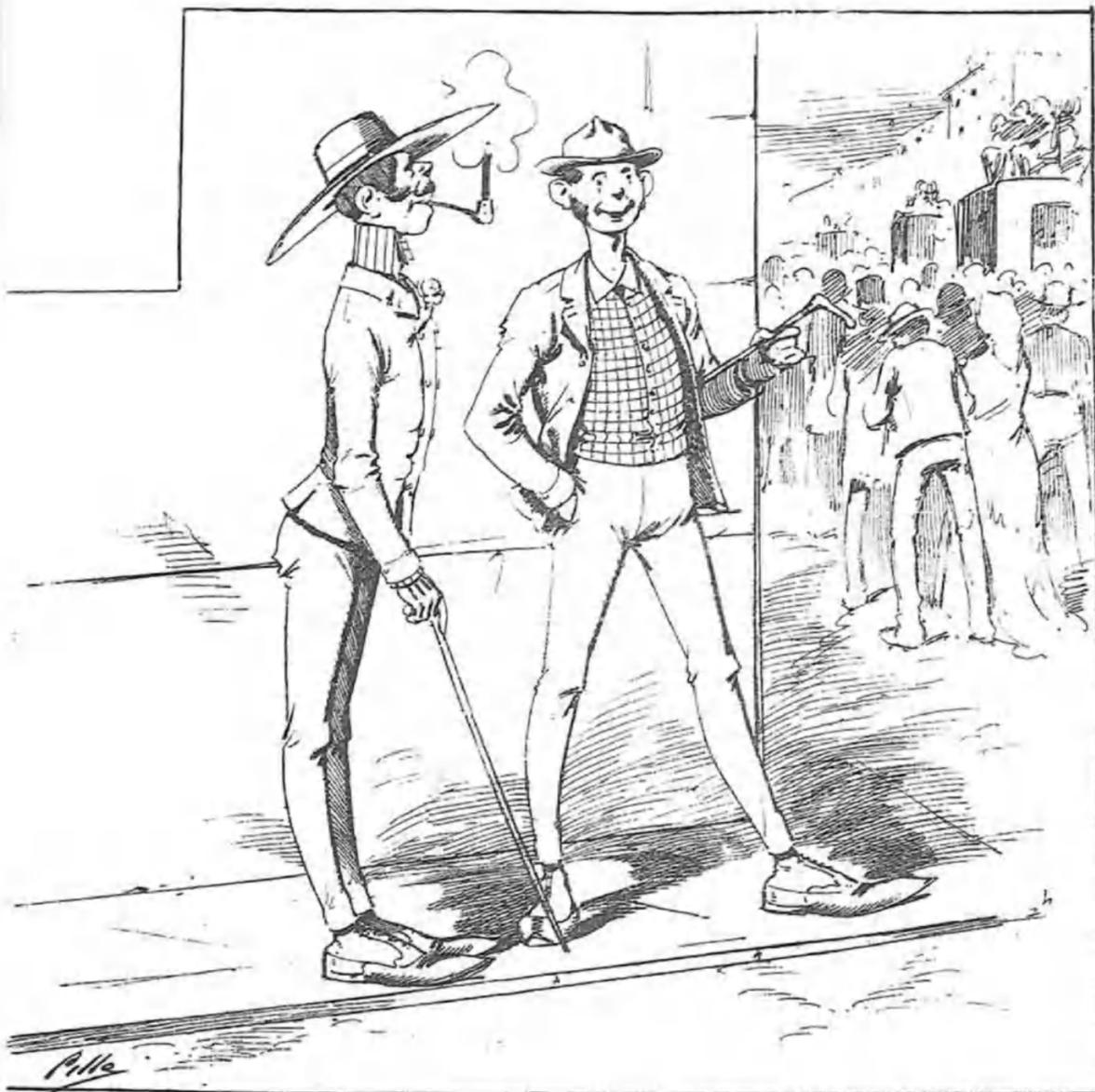
—Muchas gracias.
—Continúen VV. por ese camino adelante, que yo les al-
canzaré.

—No lo perderá V.
—Ya estoy en ello.
—Estos guardas son muy finos—dice el caballero cuando se
separan del funcionario.

—Mucho—afirma ésta.
En algunas ocasiones el guarda resuelve conducir á los de-
linquentes á presencia del jefe.

—¿De dónde ha sacado V. esas lilas?
El delincuente ó la delincuente, sorprendida *infraganti*

LA PRIMERA CORRIDA



¡Olé por las personas!
¡viva la gracia!
(¡Cómo se desfigura
la aristocracia!)



—Tú te podrías lusi
con la suerte que ise yo
en Aicobendas.

—¡Ah, sí!
aqueya en que te cogió.



—Las he comprado.
 —No es verdad.
 —¿Cómo que no?
 —Vengo siguiéndolas desde que entraron en este paseo, por sospechas.
 —¡Ave María! Pues hijo, cualesquiera que le oiga a V., creará que somos dos tomadoras conocidas de esas que salen en los papeles.
 —Lo que yo sé no es que VV. sean tomadoras, sino que han tomado lilas.
 —Está usted errado del tóo: hemos tomado leche de vacas, con bollo; ¿sabe usted?
 —Y lilas, y van VV. a venir a la oficina inmediatamente.
 —No crea V. esas cosas aunque se las digan.
 —¡Mira tú que ir nosotras detenidas!..
 —Usted lo que hará será dejarnos en paz, y nada más.
 —Yo cumpliré con mis deberes de velar por la vegetación municipal.
 —¡Ay, qué términos!
 —No falto, señora.
 —No digo que usted falte.
 —Vaya, tome V. tres perras para una tinta y déjenos vivir.
 —¿Por quién me ha tomado V., señora? Yo soy un funcionario público y probo, y... no digo yo por tres perras grandes; ni por media peseta falto yo a los deberes que tengo con el Ayuntamiento, ni me expongo a concluir mis días en un presidio.
 —¡Qué atrocidad!
 Se ha dado el caso de andar al trompis por una lila, y aun de matarse.
 Es decir, por una joven preciosa de color de lila.

EDUARDO DE PALACIO.

CANDOR INFANTIL

—Atiende, Juanito,
 ¿te gusta la estampá?
 Aquí ves temblando
 de miedo a los guardias
 que ya no se flan
 de escudos ni lanzas.
 Un ángel hermoso
 la losa levanta,
 Jesús aparece
 y al cielo se marcha.
 —¡Qué lindo es el ángel!
 ¿De veras te agrada?
 Pues hay en el cielo,
 cantando el *hosanna*,
 millares de miles
 como ese que baja
 con alas azules
 y túnica blanca.
 —¿Y quienes son ellos?
 Los niños que callan
 y todos los días
 se lavan la cara,
 y no tiran nunca
 la copa ó la taza,
 ni piden juguetes,
 ni pegan al aya,
 ni rompen la ropa,
 ni gritan, ni rabian.
 —Y a mí, si soy bueno.

y al cielo me mandan.
 (también en seguida
 me salen las alas)
 —Lo mismo que a todos.
 —¿Muy largas?
 —Muy largas.
 —¿Y puedo ir volando
 por el aire?
 —¡Vaya!
 —¿Y entrar en el huerto
 de doña Mariana
 a coger unas peras
 y volverme a casa?
 —Pues claro que puedes;
 pero, ¿qué adelantas,
 si luego en la gloria
 no tienes entrada?
 —¿Por qué me la cierran?
 —¿No sabes, caramba!
 que no entra en el cielo
 quien roba manzanas?
 —Entonces el novio
 de doña Mariana
 también va a encontrarse
 la puerta cerrada.
 —¡Silencio, chiquillo!
 —Si dice la chacha
 que le ha visto anoche
 saltando la tapia!

SINESIO DELGADO.

EN SERIO

Ven acá, maldiciente... ¡Dios me perdone!
 ¿Tú no sabes la gente cómo se pone
 cuando lee las cosas que en los papeles
 decís de las hermosas cuatro peceles,
 que andáis todos los días, y tú el primero,
 malgastando en orgías sangre y dinero?
 Si te gusta adorarlas como a cualquiera,
 ¿qué viene tratarlas de esa manera?...
 ¿Que aturden con sus mismos y se proponen
 porque son unos primos los que se casan!..
 Pero, hombre, ¿es que tú quieres, cual muchos otros,
 que sean las mujeres como nosotras?
 Vamos a ver; ¿qué sacas de ese cinismo?
 ¿Tanto como machacas sobre lo mismo
 y acabarás mañana por enredarte
 con cualquiera barbiana de cualquier parte
 que con falsos rubores y monerías
 logre al cabo que ignores sus picardías!

Esto es lo que hacen todos los de tu raza,
 gritan como beodos...; si una rapaza
 les observa un momento y a más es bella,
 veloces como el viento corren tras ella;
 nada les intimida, gozan si sale,
 y se pasan la vida dale que dale
 en la acera de enfrente... (parece guasa!
 sin pensar que la gente ve lo que pasa.
 y que se rie a costa del pobrecito
 que se va por la posta como un bendito;
 maldiciendo su estrella, su Dios acaso,
 solamente porque ella no le hace caso.
 Yo en defensa de todas al punto salgo;
 si después de sus bodas se escurren algo,
 ni esto a nadie le extraña ni a nadie hiera...
 ¡la mujer solo engaña siempre que quiere!..
 Enamórate pronto, yo te lo mando,
 que es bueno hacer el tonto de vez en cuando.

...
 ¿Y a buscar en la villa inmediatamente
 una buena costilla que nos contente,
 ya que con el demonio por ti intercedo!..
 ¡Porque a mí el matrimonio me mete miedo!

JUSTINO VELASCO.

BOCETOS DEL MADRID TRÁGICO

LA SUEGRA

I

En los escondrijos del alma suele haber una quisicosa, un cachivache, que parece instrumento útil y no es sino púa de cilicio, cintajo de correa, espina de zarza, punta de lanceta: el recelo.

La sospecha es una araña que teje su red en el corazón, le envuelve y le cubre de suciedad y de polvo. Esto funda la moraleja del cuento.

¡Pobre D.^a Salomé, madre de la rubia más hechicera que ha podido vivir en la calle del Rubio! Con ser ésta no muy ancha, ni muy alegre, ni muy luminosa, al aparecer Pepita de Oro, que así la llamaba un estudiante de quinto de farmacia, que vivía en el cuarto de la casa de enfrente, al aparecer Pepita en el balcón, decimos, los transeúntes descoyuntaban sus cogotes por mirar aquella linda carita y aquella cabellera dorada al fuego del sol, y los que en las ventanas y balcones más altos miraban a la vecina, mantenían las cabezas caídas, y unas hacia arriba, otras hacia abajo, no había cabeza segura ni mortal que no perliese su cabeza al contemplar a la retrechera muchacha.

¡Pobre D.^a Salomé! volvemos a exclamar, acongojados por el recuerdo; pues por ser bella su hija, hubo de llegar a suegra la buena señora.

Hemos observado que después de repasar esos epitomes de hombres, los subtenientes y los estudiantes, no hay muchacha madrileña que no llegue a facultad mayor y estudie en un hombre de tomo y lomo los prolegómenos del matrimonio, y algunas se gradúan y ha sta se casan.

Pepita de Oro tuvo al fin un pretendiente, Mariano, joven de veintiocho años, comerciante de mediano pasar.

—¿Con qué cuenta V.?^a—le preguntó D.^a Salomé el día en que el joven hizo la petición formal de la mano de Pepita.

—Con los dedos, como las viejas—iba a contestar Mariano pensando que la pregunta envolvía una irónica intención; pero dijo que conocía la partida doble; mas no se trataba de esto.

—Yo quiero que V. me diga cuál es su posición—añadió Salomé.

—Estoy sentado, señora.
 ¿Qué preguntona es la suegra! pensaba Mariano ya receloso.—¿Qué poco amable es el yerno! se decía Salomé, víctima ya de la sospecha.

En tanto, Pepita de Oro hacía cuanto estaba de su parte para que el novio y la mamá simpatizaran.

¡Ecco il problema! (Me parece que se dice así.)

II

¡Oh receloso yerno y suegra suspicaz! La necia costumbre, la rutinaria filosofía del vulgo os hacen intolerables. Vedles cómo el uno teme del cariño que el otro profesa a la que entrambos aman; se acechan, se atisban, se fiscalizan, se persiguen, la envidia crece, el rencor se inicia. Pronto llegarán los fenómenos asombrosos por los platos que vuelan, las escobas convertidas en lanzones de combate, las arañaduras alevosas, los mordiscos del encono familiar, el cataclismo de la separación. Cuando una mujer llega al idilio del casamien-

to, el diablo dice al yerno y á la suegra como traspunte de la tragedia: ¡Prevenidos!

Luego hay aquello de «Yerno, con tu mujer al infierno; con tu suegra, ni un invierno.» Refrancisco castellano: «El casado casa quiere.» Ya lo creo, quién la tuviera; pero el casero me conviene mensualmente de que debo pagarle, y apenas me deja un solo mes para probarle lo contrario. En fin, luego llega la influencia doctísima de todo el mundo, y consejos y refranes soplan el incendio y avivan las discordias.

Por el recelo y la sospecha fué desgraciada D.^a Salomé. Esto se dice aquí, señoras y señores, para pública enseñanza de las gentes.

Y Pepita de Oro se vió, como España, á merced de dos partidos que intentaban dombarla; mamá representaba la tradición, el consejo previsor, el Gobierno rígido y absoluto; el marido, el elemento revolucionario.

—Sí, lo veo, hija mía, lo veo, no quieres ir al teatro, porque tu señora mamá....

—Por Dios, Mariano, si mamá nada me ha dicho; es que tengo deseos de acostarme temprano.

—¿No me acompañas mañana á misa?

—No, mamá.

—Claro, tu señor marido te habrá dicho...

—No, mamá, nada me ha dicho... no quiero ir porque me disgusta madrugar.

Aplaca á éste, desenoja al otro, tira de aquí, tira de allá, anduvo quién sabe cuánto tiempo en arreglos y políticas la pobre Pepita.

Las tempestades se sucedían.

—Señora, V. no ama á su hija—decía Mariano.

—El que no la ama es V.—replicaba D.^a Salomé.

—Madre des-na-tu-ra-li-za-da...—añadía con voz cavernosa y dando pasos de compás melodramático el yerno.

—Infame, pillo, ¡habráse visto!...—grita D.^a Salomé.

Cae el telón.

III

Pepita se aburría; estaba siempre su marido en constante mosconeó, en perfecta inquietud; su madre lamentándose y maldiciendo, y ella, la linda niña, en medio de guerras y tumultos que se sucedían á diario.

Pepita tenía una cintura estrecha como el corazón de un asesino, según dice una novela de las que se reparten por entregas; un pecho ancho como la conciencia de Ministro; ojos, como ella sola los ha tenido; boca, estuche de un piñón; pie, como la pluma inglesa que acabo de poner en el portaplumas; voz ágil como el gorgojeo de su canario, sonora como el chorro de una cascada, dulce como el sonido del dinero que uno ha de cobrar... y Pepita lucía su voz y su persona asomándose en el balcón por huir de las luchas civiles de su madre y de su marido.

Oyó la voz y vió la personita un vecino, conocedor de las guerras políticas que afligían á la casa de Pepita, y pensó en una intervención extranjera... Escribió á Pepita.

Y quién sabe en lo que esto hubiera llegado á acabar si un día habiendo hallado Mariano el papelito y pensando (¡lo que es el recelo!) que la madre podría haber llegado hasta el punto de inventar aquel ardid para mortificarle... se amputó la suegra.

Y la puso en un cuartito pequeño como una botella, y la dejó en conserva como en un baño de espíritu de vino.

Pues bien; la desconfianza de uno y otro produjo este trágico fin. ¡Y pensar que por el tejedor de la sospecha, se ve una madre separada de su hija, y un marido se halla sin la madre de su mujer!

Un sabio alemán que acabó de leer me dice que esto es irremediable.

Pero he sabido que el sabio alemán, como todos los sabios y todos los alemanes, se equivoca.

Un nuevo personaje, no más que medio metro de altura, con dos ojos que se rien como nos parece que sería el cielo en los días de primavera, rubio como *Pepita de Oro*, por ser del mismo pilón de ésta sin duda, un muñequín de manecitas juguetonas y pies que zapatean en la alfombra, Pepita... lo compuso todo.

La suegra desapareció transfigurada en abuela, madre venerable; el yerno se ha transformado en papa, la tragedia en égloga... todo por Pepita.

Poder de los inocentes: unir las suegras y los yernos! ¿Ven VV. como todo tiene arreglo en este mundo? Todo, menos este articulejo, que nació malo y no le cabría otro arreglo que hacerle cachitos;... pero, con todo, sois tan buenos, que le habréis tolerado.

JOSÉ ZARONERO.



«La Sra. D.^a Fulana de Tal

B. L. M.

al Sr. D. Mengano de Cual y le participa que mañana jueves, de dos á cuatro de la tarde, pide en la iglesia de San Luis.»

«El Sr. D. Mengano de Cual

B. L. P.

á la Sra. D.^a Fulana de Tal y tiene el sentimiento de decirle que, bien á su pesar, no puede asistir mañana jueves á la iglesia de San Luis, porque á esa hora pide él en la calle de Sevilla.»



Bailó con un cadete Mariquita, hermosa casadita, y el cadete, confuso y aturdido, con una espuela le rasgó el vestido.

El infeliz esposo al ver el siete, le dijo á su señora con coraje:

—¿Si vuelves á bailar con un cadete tiene que ser sin traje!



El célebre libro del Arzobispo de Burdeos, monseñor Guilbert, titulado *La democracia y su porvenir político y religioso*, acaba de ser traducido al castellano por D. Eloy Perillán Buxó y publicado en una edición excelente por la empresa de nuestro colega *El Tribuna*.

El éxito obtenido por esta obra en todo el mundo civilizado nos releva de hacer su elogio, y el nombre de nuestro compañero es una garantía de la bondad de la traducción. Acompaña al libro un extenso y magnífico prólogo de D. Emilio Castelar.



Un gran autor de verdad que ha dejado eterna fama escribió al final de un drama:

«¡Qué espantosa soledad!»

Al verte á ti, morenita,

mi esperanza, mi tesoro,

todo el mundo dice á coro:

—¡Qué Soledad más bonita!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. M.—Madrid.—La forma está muy descuidada; por ejemplo, el verso

«y que algún día de fiesta hago»

es atroz de largo.

Al caballero de Almagro.—Necesito que firme V. con su nombre, por razones que V. comprenderá fácilmente.

Sr. D. M. F.—Zaragoza.—El asunto, por demasiado personal, no interesa al público y se hace larga la composición. Pero revela V. excelentes condiciones.

Tarfe.—¡Por Dios! Mida V. bien los versos.

Sr. D. A. M.—Pamplona.—Unos consonantes, otros asonantes, éstos cortos, aquellos largos... ¡viva la independencia!

Zurriagatos.—Madrid.—Eso es muy verde.

Fanny.—Flojito y no está bien expresada la idea.

Tee-ton.—Flojitos también.

Sr. D. J. A.—Madrid.—¡Por Dios! ¡Cien versos! Eso es muy largo.

Sr. D. E. B.—Sevilla.—¿Un soneto contra el casero? ¡Lo de siempre!

Cachito.—Tengo hace más de cuatro meses una composición aceptada,

con el mismo asunto y hasta con muchos versos exactamente iguales...

¿Cómo diablos se explica esto?

Sr. D. A. A.—Madrid.—No sirve ninguno.

Sor Virginia.—Gracias por los aplausos y por los bombos, pero ¡ay! no me atrevo á pagarte la cena.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Sí, señor; se recibió y verá de complacerse.

Sr. D. V. L.—Malita; no le va á querer á V. Esperanza.

Caramba.—¿Qué medianos son los castaños, caramba!

Sr. D. R. G.—Madrid.—Tampoco sirve.

Sr. D. M. M. P.—Madrid.—La forma es bonita, y los versos tienen

rítmo, pero el asunto es muy gastado.

Un doctor.—La forma es descuidadísima. ¿Me permite V. aprovechar

la idea para hacer unas coplas diciéndolo así? En este caso mándeme su

nombre.



—Mamá dice que nos lleves á los toros.
 —Pues dile á mamá que no estoy dispuesto á transigir con los toros, y que lo hago cuestión personal.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
 ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10
 Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses.
 Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
 A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.
 DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENDA.—TOMO I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores en toda España.

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
 A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redactado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.
 A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les remitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.
 Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montero, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA